



COPENHAGUE

La física y la moral

Confieso que quise abandonar la sala la noche del estreno de este Copenhague. aprovechando el entreacto. Tal era mi aburrimiento. Me lo impidió mi acompañante, que apreciaba justamente la formidable interpretación de Fernando Delgado, Sonsoles Benedicto y de Juan Gea. Y, en verdad, podía valer la pena quedarse para admirar sus trabajos, indudablemente dignos de mejor causa. Son tres grandes actores cuya carrera he admirado siempre. ¿Qué pasaba entonces en esta función?. Un crítico se me acercó un instante y me preguntó: ¿Esto es un coñazo, no?”

Viene esta función, nos aseguran, con éxito grande en no sé que ciudades en los dos últimos años, de modo que se sienta uno en la butaca, con esa carta de presentación y esos actores. Y empieza el tiempo de la representación sin que apenas entendamos nada, ante tres personajes casi quietos, con escenas muertas, con lenguaje ininteligible, aunque en un suplemento del programa de mano se nos aclaren más de veinte términos para que intentemos entender de qué se habla.

Porque lo que Copenhague trata de descifrar es una reunión entre dos grandes físicos, Niels Bohr y Werner Heisenberg, producida en 1941 donde discuten —en presencia de la esposa del primero— sobre neutrones, electrones, fisión, reacción en cadena, reactor, ciclotrón o materia y ondas en un lenguaje científico cuya polémica se nos escapa a todos, aunque queda claro que la controversia va a derivar en la construcción o no de una bomba atómica —lo digo de forma vulgar: se trata de una reacción en cadena, del plutonio y de esas cosas, pero no me enteré de mucho en esa disquisición terriblemente aburrida entre los dos— con una carencia casi obscena de a dónde quieren ir a parar.

Se aclara un poco en el segundo acto. El científico de más edad se opone a la creación de la bomba atómica, mientras el joven simpatizante de Hitler conseguirá su propósito ante la impasividad o impotencia del maduro Fernando Delgado o de la Magnífica árbitro que hace Sonsoles BeneBenedicto. El personaje de Juan Gea, más joven, más ambicioso, con menos escrúpulo, lo hace el actor de un modo formidable. Y aburren, aburren hasta la saciedad y dan pena, embarcados en un teatro que dewbería recorrer circuitos diferentes, tal vez en facultades de Física, quizá en los salones de actos de Investigación..., no sé. Lo peor que se puede hacer en un teatro es aburrir, y es lo que consigue este autor, a pesar del buen trabajo de todos. Llegar a la conclusión de que hubo quien se opuso a los criminales bombardeos de la Guerra Mundial no tiene que pasar, forzosamente, por una pesadez infumable: el teatro es reflexión, conclusión; lo demás está en los manuales, para quien quiera consultarlos.

Título: Copenhague

Autor: Michel Frayn. Versión de Charo Solanas